

La buganvilla
por Héctor González

El legado de Francisco Llop

Lunes 17 de enero de 2011

Enamorado de Valencia. Si un epitafio pudiera definir la vida de Francisco Llop Lluch quizás fuera éste aunque tampoco andarían desentonados otros muchos como 'erudito polifacético' o 'devoto de su tierra'. Así hasta un largo etcétera. La muerte de este humilde y a la vez ilustre valenciano ha dejado a sus convecinos huérfanos de su existencia y a la torre del Micalet sin uno de sus más fieles cuidadores.

Falleció la pasada semana a la longeva edad de 96 años. Pintor, escultor, dibujante, redactor de innumerables escritos basados en la historia regional, destacó, sobre todo, por la pasión y el estudio que profesaba por las tradiciones autóctonas. Conocía al dedillo los milagros de San Vicente, la devoción por la Virgen de los Desamparados o el arraigo en Valencia de la Cofradía de Santa Lucía, en la que portaba con orgullo -tanto como el que demostraban los cofrades hacía Francisco Llop- el título de clavario emérito.

Pero, por encima de toda esta erudición costumbrista, transmitía emoción, sentimiento. Tuve la suerte de entrevistarle para publicar nuestra conversación en la contraportada de Diario de Valencia cuando Llop acababa de cumplir los 89 años. Enjuto, ágil y atento, recibía las preguntas con la pasión del docente que quiere transpasar su legado, que quiere mejorar la formación de todo aquel con quien se cruce. Y así respondía. Hablaba con entusiasmo de su cofradía, de las tradiciones valencianas y de sus estudios e investigaciones sobre el ancestral oficio de campanero.

De hecho él y, sobre todo, su hijo -también Francisco Llop- han logrado recuperar este trabajo con sus conciertos en templos emblemáticos como la propia iglesia de Santa Lucía, en la calle Hospital, o la propia torre del Micalet.

Entrevistarle equivalía a recibir una lección de vigor, de fervor por lo propio mezclado con una profunda formación. Sin visceralidad, con rigor. El tiempo transcurría aceleradamente y tú, como periodista, concluías con la sensación de haber recibido una buena dosis, un legado completo, de sabiduría. Te despedías con el espíritu embriagado de emociones y con la sensación de que tu trabajo vale, de sobra, la pena. Descanse en paz Francisco Llop Lluch.